

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Armando Gutiérrez Victoria
arm.gutierrezv@gmail.com

“No todo lo difícil es estimulante”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 61, julio-septiembre de 2022, pp. 83-84.

ISSN: 01855727
Xalapa, Veracruz, México



La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

No todo lo difícil es estimulante

Armando Gutiérrez Victoria

“No todo lo difícil es estimulante”, me decía mientras revisaba otro artículo académico para mi investigación. Y no es precisamente que me rebelo contra Lezama Lima o que, de algún extraño modo, nos haya mentido. Es solo que pensaba, mientras intentaba descifrar otro oscuro pasaje de la redacción y la lengua española, que la dificultad por la dificultad, el extrañamiento y la deformación barroca por sí mismas, vacías, o que buscan encubrir, con algo de suerte, un par de ideas brillantes—solo algunas—terminan por agotar, por contra-estimular. Y lo que es peor, por aburrir.

Durante mucho tiempo, la lengua académica ha sufrido de un extraño mal: la oscuridad (fingida). La lección ha sido encontrar un estilo extraño, antinatural, que represente un reto lingüístico para el lector: referencias desconocidas, citas en otra lengua, léxico cada vez más en desuso, una sintaxis envolvente que ronda el abismo del anacoluto y los socorridos conceptos, que pretenden sintetizar ríos de tinta en dos o tres palabras y que, por supuesto, el lector ya debe conocer.

Y es precisamente esta actitud la que agobia. La poca estima que la academia le tiene a su lector. Porque, seamos realistas, nos han

Así, nos encontramos en la diatriba: o terminamos de una vez por todas con la academia o dejamos que siga en su esquizofrénica producción de *papers* que nadie lee. Y a propósito, yo me pregunto, ¿quién lee realmente un artículo académico?

enseñado a sentirnos culpables: “Es tu culpa si no sabes alemán y no puedes leer esta cita”, “¿Cómo que no has leído tal o cual libro que desde hace casi un siglo no se edita?”, “Ya deberías conocer esta discusión teórica y el mar de términos y conceptos que de ella emanan”. Y si, por el contrario, hay algún rebelde, algún anarquista de las convenciones, que busque, ante todo, ser comprensible, se le acusa, rápidamente, de parcial, de “escolar”, de mera “introducción”. En suma: un manual. Pero, yo me pregunto, ¿en qué momento un manual se volvió sinónimo de vergüenza académica?

El oscuro culto del saber académico le tiene miedo a la claridad. O, mejor dicho, le teme a la comunicación. Y no porque busque en el curso delfico algo así como la verdad del conocimiento. Es porque le teme a la exposición. Y es así que, amurallados por la retórica, los eruditos escriben para conversar con la nada. Van trazando un trágico laberinto de papel del que, hasta hoy, parece imposible que salgan.

Y yo me pregunto, ¿es que la divulgación es el estilo más demandante? ¿La aparente simplicidad presupone un estado de la lengua todavía más exigente? Ciertamente, estoy tentado a decir que sí. Pruebas no faltan. Porque es más fácil enredarme en mi terminología, en mis conceptos y en mi particular forma de redactar, que cumplir con una simple

tarea, por la cual la lengua existe: comunicar. Y pienso, además, que en la práctica el buen académico, el buen investigador, debe ser, ante todo, un buen maestro.

Pero lo cierto también es que no todo es culpa de la academia. No todo es tan simple como llegar y acusar y señalar con el dedo a un par de culpables. Porque, hasta qué punto, todos nosotros exigimos del erudito cierto gesto, cierta pose, cierta imagen que corrobore nuestras ansias del estereotipo. Un erudito no nos debe hacer reír con sus escritos. Un erudito nunca aspira a escribir con cierta soltura literaria. Un erudito no debe rebajarse y usar la lengua que yo sí puedo usar a diario, siempre. A un erudito, a un gran teórico, a un gran investigador, nunca se le entiende.

Solemos dejar un espacio de acción bien estrecho al estilo del erudito. Porque si, de pronto, nuestras exigentes expectativas no se corresponden con lo que debe ser la lengua de un académico, soltamos el libro, dejamos de leer el artículo, y nos decimos a nosotros mismos: “esto para nada es serio”.

Así, nos encontramos en la diatriba: o terminamos de una vez por todas con la academia o dejamos que siga en su esquizofrénica producción de *papers* que nadie lee. Y a propósito, yo me pregunto, ¿quién lee realmente un artículo académico? Pienso que ni siquiera otro académico; claro está, si no es por obligación o por algún

otro tipo de compromiso. Y aunque así fuera, aunque ahora mismo alguien se levante y diga enérgicamente: “yo sí leo artículos académicos con gusto”, debería tener la sinceridad suficiente para reconocerse extraño entre la masa, la excepción a la regla, alguien que habita en un lugar muy solitario.

“Sí, sí, sí. Muchas quejas y nada de soluciones”, estoy seguro que más de uno estará pensando. Y es cierto, hasta el momento no he pretendido aportar alguna respuesta; el ansiado secreto que, revelado, satisfaga nuestros problemas. Pero también es cierto que no pretendo eso. Aunque, si tuviera que decirlo, si de repente alguien me cuestionara y me dijera “Ya dame tu opinión”, diría que la solución no es la simplificación extrema, el polo opuesto de la pobreza estilística. No, la solución –si así es más cómodo llamarla– ya la he dicho: es la comunicación. Perderle el miedo a la exposición, a mostrar eso que sabemos, sin temor a ser juzgados, cuestionados o debatidos. Quizá también sea reconciliarnos con nuestra propia lengua y con la escritura misma. Guiar al otro, a mi lector; y no ponerle trampas, meterle el pie y hacerle el camino más difícil, ir ocultando mis ideas en dos o tres párrafos incomprensibles para cualquier ser humano. Dejar de hacer sentir culpable al otro. Porque para eso leemos, para saber algo que ignoramos. Aprovechar las convenciones académicas y usarlas en nuestro favor. Pero también, no temer la libertad del ensayista. No temerle a la literatura ni al estilo. Empatía y, algo mucho muy importante que solemos olvidar, tenerle gusto a lo que hacemos.

Creo yo que un ejemplo paradigmático de esto que intento exponer lo encontramos en aquel magnífico libro de Antonio Alatorre, *Los 1001 años de la lengua española*. Ahí, el estudioso de la literatura y el filólogo no están pe-

leados con el divulgador, con el escritor en todo el sentido de la palabra. Qué disfrute es leer un libro como este precisamente porque entendemos todo, porque no busca ofuscar, sino iluminar un camino. Hay muchas lecciones que aprender ahí.

La lengua de la academia no debe ser la que busque el matiz de extrañamiento y oscuridad, amparado en las ansias de la exactitud y el falso cientificismo. La lengua de la academia es la lengua de su presente, del contexto social y cultural donde se desarrolla una investigación. Y esto tiene una causa muy sencilla: la lengua de la academia está hecha para construir conocimiento y el conocimiento debe, en todos los casos, compartirse.

De ahí se desprende que, quizá más que nadie, los eruditos, los investigadores, deben aspirar a conocer los usos lingüísticos, no de su determinado círculo, sino del gran campo cultural al que pertenecen; aquellas estrategias comunicativas más significantes para un hablante del presente. Para ello, resulta imperativo al académico dejar de lado matices fundados en principios de aspiración a un falso prestigio o, peor aún, distinciones de clase inherentes a su personalidad: “¿Cómo me voy a rebajar a escribir así de simple y con ese vocabulario tan pobre? Yo soy académico y universitario”.

No se trata de descifrar el enigma de la esfinge, mucho más cuando la esfinge no oculta nada detrás de sus palabras. No, no todo lo difícil es estimulante y creo que va siendo hora de que alguien lo diga. **LPyH**

Armando Gutiérrez Victoria (CDMX, 1995) es doctorante en Literatura Hispánica en El Colegio de México. Ha colaborado en revistas como *Irradiación*, *Campos de Plumas*, *Periódico Poético* y *Didasko*.

Los cuervos de Francia

Luis Mendoza Vega

Francia tiene la costumbre de castigar a sus genios por insolentes y pesimistas. En una entrada de *Babelia*, suplemento cultural del periódico español *El País*, Álex Vicente anota que fueron pocas y discretas las celebraciones del bicentenario de Charles Baudelaire en 2021. Las razones: el mensaje negativo que da el poeta, autor de *Las flores del mal* (1857) y precursor, por si fuera poco, de la poesía moderna en Occidente. Sin embargo, la nación europea suele tener excepciones respecto a sus hijos. En 2011, también en *El País*, Mario Vargas Llosa cuenta cómo le provocó náuseas leer las *Bagatelas para una masacre* (1937), de Louis-Ferdinand Céline, un panfleto abierta y descaradamente antisemita; añade asimismo el caso Polanski, director de cine franco-polaco y sobreviviente del Holocausto, quien abusó sexualmente de una adolescente de 13 años cuando él apenas rebasaba los 40: “Él, entonces, huyó a París. Menos mal que un país como Francia, donde se respetan la cultura y el talento, le ofreció exilio y protección, y le ha permitido seguir produciendo excelentes obras cinematográficas que ahora ganan premios por doquier”, menciona. En estos días, donde lo lícito e ilícito juegan un papel decisivo, no sabemos aún si en contra o a favor de la cultura y la libre expresión, entender los fenómenos que se gestan alrededor del arte evita caer en los equívocos de la moral y la política, dos caminos sumamente extraños. Digo esto porque podría inquietar a más de uno leer sobre este “hombre un poco pesado”, como lo llamó Enrique Vila-Matas: el doctor Auguste Destouches, *Céline*.